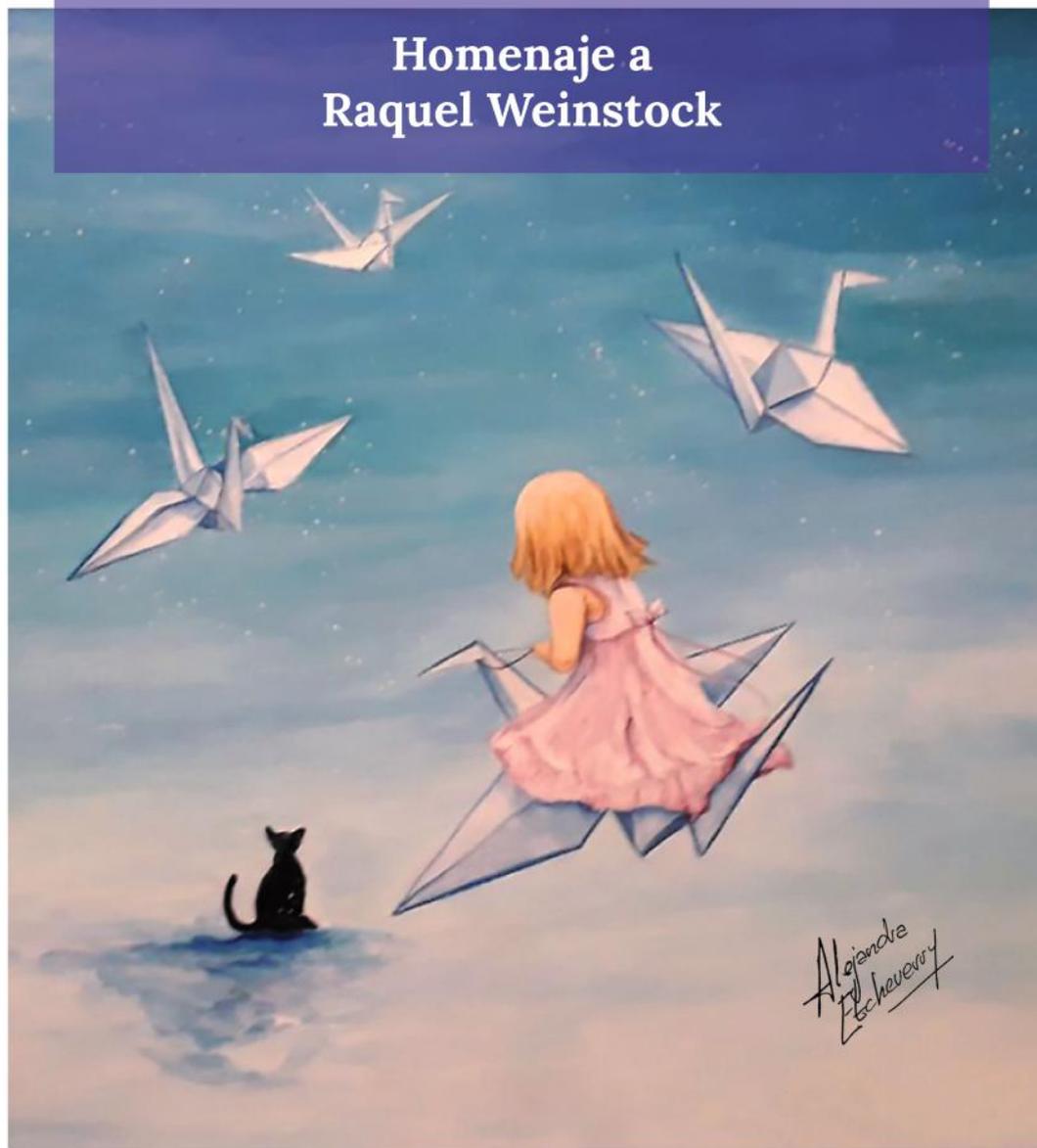


Antología

Prosa poética

Homenaje a
Raquel Weinstock



*Alexandre
Echeverry*

ANTOLOGÍA
Prosa poética

Homenaje a
Raquel Weinstock

Antología : prosa poética : homenaje a Raquel Weinstock / Febronio Zatarain ... [et al.]. -

1a ed - San Luis : Payné, 2022.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-8424-09-5

1. Prosa Literaria. I. Zatarain, Febronio

CDD A860

Diseño y Diagramación

María Cevallos

María Celeste Gonzalez

Área Diseño y Comunicación

Payné SA

Ilustraciones de carátulas y tapa:

Artista Plástica Alejandra Etcheverry

Pertenecen a la serie surrealista “Detrás de los Sueños”

Impreso por La Gráfica. Payné SA

Av. Lafinur 924 - San Luis

Tirada 200 ejemplares

Impreso en la Argentina

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723

Prohibida su reproducción total o parcial, incluyendo
fotocopias sin la autorización expresa del autor

Directora General de El Diario de la República
y Semanario La Opinión
María Luz Rodríguez Saá

Directora Los Libros de Charlie Palacio Cultural
María Antonia Salino

Jurado del certamen
Laura Burke, Darío Oliva y Matías Gómez

Coordinación del certamen y corrección editorial
Gabriela Pereyra

INTRODUCCIÓN

Los Libros de Charlie Palacio Cultural, el Semanario La Opinión y El Diario de la República convocaron a escritores y escritoras a participar del Primer Certamen Literario en la categoría Prosa Poética, realizado en homenaje a la escritora Raquel Weinstock.

Raquel Weinstock fue una mujer multifacética que participó con sus escritos en prosa poética, hasta sus últimos días, en el Semanario La Opinión. Era además, poeta, periodista, investigadora y promotora de políticas públicas en el ámbito de discapacidad. Mantener viva su memoria desde este primer certamen nos pareció un sentido homenaje.

Luego de una exhaustiva y minuciosa tarea del jurado, 51 obras inéditas integran esta antología como las mejores, se suman a ellas algunos escritos icónicos de Raquel que fueran publicados en su momento en el Semanario.

Laura Burke, Matías Gómez y Darío Oliva decidieron en su veredicto que diez obras son las ganadoras del primer premio, en tanto que el segundo premio lo ocupan trece obras y el tercer premio es para siete obras. Consideraron, además, por la calidad de los textos, otorgar menciones especiales a siete obras y una mención destacada a otras catorce obras.

Las 594 obras evaluadas provenientes de 17 países dieron al certamen repercusión internacional. Se recibieron textos desde Cuba, España, Brasil, Perú, Uruguay, Venezuela, Italia, Chile, Eslovaquia, Nicaragua, México,

Estados Unidos, Colombia, Portugal, El Salvador, Panamá y por supuesto desde Argentina.

Más de 100 obras se presentaron desde tierra punta-na. También provincias como Corrientes, Córdoba, Entre Ríos, Misiones, Santa Fe, Tucumán, Chubut, Mendoza, San Juan, Chaco, La Pampa y sobre todo Buenos Aires están representadas por sus escritoras y escritores.

Este libro cuenta también con su versión digital, disponible para descarga libre y gratuita en el sitio www.laopinionsl.com.ar.

PROSAS DE RAQUEL



Alejandra
Escheverry

LOS REGRESOS POSIBLES

Si no regreso, no será culpable el olvido.

Ni será definitivo. Me quedaré en la memoria de las huellas de tus manos, en la mirada de todos los ojos que descubrí asombrados, doloridos, amados, ausentes o hipócritas.

En el contorno de tu figura, donde cabe exactamente mi cuerpo. En la música cantora insaciable de mi vida. En los cuadros que elegí como compañeros inamovibles, custodiándome desde las paredes.

En el aroma turbulento de los jazmines. En mi archivo envejecido, pero bienamado. En algunos libros donde encontré o me encontraron historias no vividas.

En los bares, cuando la madrugada nos distingue. En construcciones jesuitas exultantes de misterio y de belleza, en calles empedradas, en niños solitarios, en perros vagabundos con una bolsa de basura colgada de su hocico, con la actitud de un ladrón perseguido.

En la noche, en los amaneceres, nunca en la mañana. En las lluvias tormentosas, o en la hora del ocaso. Con un vaso de alcohol en la mano y un beso en la boca, tu boca, hacedor de utopías, caballero errante.

Si no regreso, habrá que celebrar mi presencia en estas cosas. En mis hijos, en mis amigos, junto a mi risa, o a mi ira. De otra manera sí me habré ido para siempre, sin haber gastado las caricias que, sin saber, guardé hasta que golpeaste la puerta en la noche y los ladridos te anunciaron.

NO LLEGARÉ A TIEMPO

Me arrinconaba la madrugada buscando la palabra, desde esta isla de sonidos, en silencio. Busco la magia del lenguaje. Sabiendo que no llegaré a tiempo con el pan. Que no lograré escarchar las manos que se levantan para herir, o humillar.

Que el tiempo prestado que le pido al tiempo me será denegado. Que no será posible ser la madre del pequeño huérfano, que lejano espera la tibieza de un abrazo, ni a la niña que desde su inocencia grita ante la bestia que la abusa o la mutila, en nombre de una cultura criminal.

No llegaré a tiempo con el pan. Ni con la justicia, justa.

Que no podré darte todo el amor que siento porque me sorprendió el tiempo de descuento, ni aquella juventud que tuve y no te encontré, para florecer con vos solamente. Que no será posible develar las mentiras que desde lo real y lo virtual, nos miran descaradamente.

No llegaré a tiempo para sostener la brújula de los sueños que pudieron ser y no fueron, las cosas que no dije, la lágrima endurecida que retuve ante los cuerpos inertes que amé.

Y esos rostros vacíos, que con una sonrisa mal dibujada nos venden seguros de que seremos compradores, del ideario retorcido que propagan, y me rompen los pasos para llegar a tiempo a ver que no pudieron robarnos las ganas y la esperanza.

Que serán otros, sino yo, los que arribarán a tiempo con el pan tan necesario, y la suma multitudinaria de voces y manos esculpiendo, seguros, una historia distinta, donde nadie quede mirando, desde afuera.

Aunque yo no llegue, a tiempo con el pan y la justicia, justa...

Estarán los otros.

PROPONGO

Propongo un paréntesis que, luego, nos impulse a mirarnos como somos, sin el maquillaje que nos borra la esencia, tapando el beso que queremos dar y a cambio sonreímos. Que muestre las lágrimas que no nos permitimos. La nueva arruga que fue tallando, como un orfebre, nuestro rostro de tiempo vivido, consentido.

Propongo detener la barbarie que carcome, aceleradamente, nuestro canto, cuando el amor es asesinado con descaro. Porque hoy la muerte es un deporte y marchamos por quienes ya no volverán en primavera.

Propongo el silencio necesario para volver a escuchar los latidos de los otros, esos que se sienten como susurros lejanos y sin embargo los tenemos al lado, al frente y al costado, a quienes hay que escuchar con las manos.

Hay que salir de los escombros, juntos, todos, solos. Erguirse con las fuerzas que nos restan y besarnos la transpiración por el esfuerzo, o compartirla aun cuando tenga tierra y también esté herida. Quizá, entonces, nos encontremos sin roturas, animados por el fuego y la esperanza de ser lo que somos y más humanos, eligiendo el abrazo necesario, sin sentir el ténpano de la orfandad que anda suelta.

Propongo que las veredas no nos encierren y podamos llegar hasta el encuentro de una plaza, de un café, de una calle ancha y luminosa, que suenen las campanas interrumpiendo el atardecer cuando duele. Que nos encontremos libres y dispuestos a conquistar los nobles días y todas sus noches sin cerrojos.

LA VIDA TRANSPARENTE

Un día sabrás que fue posible regresar transparente nuevamente a la vida. Que la noche es segura, pero luego deviene el día. A veces turbulento, otros como el agua sin sabor, tedioso y largo.

Pero a veces, algo nos distingue. Una pasión nueva, una propuesta, una mirada que nos espera, o un encuentro inesperado. Una foto vieja que nos encuentra, porque no la buscábamos y descubrimos el recuerdo de otros días, en el que exactamente así fuimos.

Comprendemos entonces, que los recuerdos pueden burlar el tiempo.

El tiempo que nos hizo moldearnos diferente. Hechos de llantos y alegrías, de alturas y bajezas, pero humanos. Con una alforja ruinosa por el tiempo y adentro el tesoro de la música que escuchábamos, de los libros leídos, de los aromas inolvidables, de algún beso que nos robaron, o una caricia que no dimos. De paisajes lejanos tragados por la urbe, o el olor de un mar manso y transparente, y el otro, rugiendo contra los acantilados que acogieron a Neruda.

Y nos vamos, seguimos pasionarios sin dividir la noche de los días, degustando la vida voluptuosos, irreverentes como corresponde despertar, dispuestos a

enfrentar con valor lo que nos ofrece el día o la noche, como un racimo de uva húmeda y fresca que nos seduce a sentir el chasquido en nuestra boca.

Sin dudar, ni preguntarnos por qué las elegimos, dispuestos al pago del placer que conseguimos.

Porque volvemos del barro y podemos descubrirnos transparentes en una acción, en una idea o entregándonos a un amor definitivo, que permite mirarnos sin vergüenza.

LOS RITOS DEL DESEO

El hombre ha sido, milenariamente ritual ante el amor, ante la muerte, a través de las religiones y del paganismo y, aún hoy estamos atravesados por ellos.

Ritos solitarios, comunitarios, sociales y culturales.

Y también practicamos los ritos del deseo.

Tirar una moneda en una fuente y pedir tres deseos; en Navidad o Año Nuevo también tres deseos. Nunca supe por qué ese número y no otros... seguramente será parte de los ritos.

Lo cierto es que está instalado en el inconsciente colectivo, por lo que no encontramos respuestas racionales. Quizá el deseo tiene que ver más con los sueños o los miedos interiores que portamos, con aquellos que no dependen de nosotros y acudimos, inocentes, a una acción mágica en la que la mayoría no cree y, sin embargo, practica.

Nunca después recordamos si esos deseos se cumplieron o no y aun así, repetimos la acción.

Ya me he alejado de los ritos del deseo, pero me resultan válidos en el resto de la gente.

Admito que hay ritos que practico, que tienen que ver

con las pasiones. Con los regresos y las partidas, con un encuentro, ante una lágrima del otro o un dolor que hiere, o un olvido.

Debe ser porque me movilizan tenazmente las pasiones, acudo al rito de un sentimiento o de una noche quieta con una luna que deslumbra, o un paisaje urbano que esconde una esquina abandonada, ruinoso, casi muerta, sin sonidos.

O como mirar el deseo en la penumbra con las voces de la piel y el sonido de una música, o detenerme a mirar a los ojos las sensaciones compartidas, buscando el aroma de un espacio donde cabe exactamente mi cuerpo, sintiendo como pájaros salvajes que nos sobra el cielo para el vuelo y lograr encontrarnos detrás de los espejos.

UNA TREGUA

Una tregua, solo una. Para decir lo acallado. Para inaugurar las caricias insaciables de mi canto íntimo. Para indignarme frente al desamor, o volver a deslumbrarme ante el aleteo incesante del colibrí, frente a los pétalos, buscando el polen.

Para perdonarme, lo que no pude.

Para rebelarme, por las nubes que nublan y mojan, sin culpas, las lágrimas.

Una tregua para degustar el misterio del tiempo, y del destiempo. Para besar a mis retoños, sin descanso y arrullarme entre ellos como un niño, beber sus aromas hasta saciar mis sueños.

Un tiempo breve, para releer las cartas que me amaron, y las otras que dejé sin respuestas, porque no las tenía y se pintaron de amarillo como el otoño, tristes de olvidos. De olvidos repetidos.

Una tregua, para degustar un buen amor, o quizás el gran amor que ya no esperaba, y resistía. Para desafiarse al sol, y quietarme buscando la luna llena e intensa. Para enredarme en la música, y leer los libros por venir. Un tiempo más para dejarle mi herencia de amor a mis amigos. Para adherir en mi memoria tantos recuerdos

tan vívidos.

Aunque crea que la lumbre se prolongará, más allá de las tinieblas, y regresará el verbo a decir, reclamar y gemir entre otros brazos suaves, sabios. Y volverá el amanecer, como todos los días después de la noche.

Mientras, atrevidamente, enciendo un cigarrillo, y puedo verlo del otro lado del espejo, buscando lirios en mi cuerpo.

Tiene una soledad abismal entre sus manos, llenas de caricias el buscador de sueños y su belleza magistral, se parece al imponente mar Mediterráneo. Donde un día, junto a Charlie nos creímos eternos e infinitos como el mar, y navegamos como piratas en barcos, sin timón, ni capitán, solo llevados por la brújula de los sueños, buscando las palabras nunca antes pronunciadas. Previo abandono del ancla.

LA ENTREGA Y EL CORAJE

Es bueno saber que hay gente, que no se entrega, aun cuando le roban la esperanza, esas esperanzas pequeñas que hacen a la construcción de cada día, y las otras, más fuertes e importantes.

A los que, no sin esfuerzo, vuelven a armarse, sin la letanía inútil de quedarse en la queja permanente de una historia que por repetida abrume, y también enoja porque buscan la salida a través de, y nunca a partir de, erguirse, sólidos, aunque con raspones.

Como si alguien nos hubiera prometido que la vida es justa con los justos, precisa, y se puede calcular la extensión de los aciertos y prever los sinsabores. O regirse por un calendario dibujado, inexistente.

Y nos alejamos de los tiempos interiores donde a veces resurgimos o morimos para seguir vivos, sin sentirnos, sin tocarnos, mirando sin mirada, sin vibrar en los otros, sin pensar que a los otros también le faltan cosas que les robaron o dejamos que se las llevaran. Y no nos hacemos cargo.

Cuando vivir sin coraje no sirve, agota y lastima. A uno y a los otros. Inermes.

Esperando, la ayuda o el desprecio de los otros, solo

por no comprender que la vida es un comienzo cada día, donde se gana y también se pierde. Saber que hay pérdidas de las que somos responsables, y otras que, no por desprevenidos, nos asaltan.

Aquellas, que no se combaten con armas, pero nos dejan huecos en el alma sin derramar sangre.

LA TIERRA GIME DE ESPERAS

Cuánto tiempo duran las esperas de los vuelos, de las luces ocre, del hombre que mira y nadie lo espera, de los besos que regresan como espíritus y nos besan el cuerpo sin decir su nombre.

De los clavos oxidados de sangre seca que descubren historias de cuadros degenerados o resucitan solo cadáveres, bellos y jóvenes con la sonrisa tajeada, y los ojos sin mirada garabateando las preguntas sin respuestas.

Y la verdad es un hueco oscuro como un aljibe antiguo. La verdad que llegó a destiempo y solo tiene el sello de las muertes anónimas. Dolorosamente inútiles, burlonas dueñas de lo que pudo haber sido. Sonrisas bellas y jóvenes que serán usadas, con descaro. Pinceles con nombre y apellido que no podrán ser restituidos a sus dueños, porque ya no están, y hasta se perdieron las calles y las casas.

En cada lugar del mundo, la tierra gime por todo lo que sabe y no tiene la voz para decirlo, y se aturde del canto de las ranas que se asemeja a las castañuelas de un flamenco gitano, de los grillos o las chicharras en los veranos, o de la escarcha nívea en los inviernos.

Las esperas son infinitas como un camino sin re-

torno. Pueden ser pálidas o coloridas. Deseadas o no. En general son solitarias y pueden llegar en el momento justo donde uno cree que todo es posible, o presentarse cuando es tarde y no porque atardece, sino porque tiene el rostro de la nada. Entonces la espera es injusta, y malparida.

Por eso, la tierra gime en cada lugar del mundo...

LA LUZ DE LOS JÓVENES

Les hemos dado las herramientas necesarias, rui-
nosas y oxidadas, multiplicadas mil veces en la cara del
engaño, salpicándolos de mentiras impiadosas, de pro-
mesas pegajosas. Prometiéndoles un futuro, que hemos
destruido sin avisarles. Y que ellos, inocentemente, es-
peran y creen.

Los jóvenes, luminosos, sin guías éticas que los de-
tengan. Serpenteando el filo de las sinrazones, acumu-
ladores de soledades, con caras sin la humedad de los
besos necesarios.

Hostigados por los mayores. Mientras ellos van
embebidos de una música que no queremos entender,
embebidos de noches largas, y días cortos dubitativos,
desorientados al momento de elegir, desgastados de
sortear opciones y equivocarse senderos.

Solitarios, creyendo que nosotros, sus mayores,
estamos construyendo el continente que los resguar-
de para crecer certeros y sinceros, sin desconfiar en
el cinismo de los poderes, mientras les retrasamos el
crecimiento y después, claro, juzgarlos.

Creando, que estamos construyendo un uni-
verso de oportunidades, cuando en realidad estamos
calcando, groseramente, un desecho de sociedad que

usa, asfixia y envilece.

Y todo esto, sin avisarles. Como cobardes.



PRIMER PREMIO

*Alfonso
Zachary*

PROSA SIN TÍTULO: NUNCA SE PARTE...

Febronio Zatarain, nacido en México.
Vive en Chicago, Estados Unidos.

Nunca se parte porque nunca se va a otro lado. El lugar al que se va siempre es el mismo, todo transporte ha salido de mi pueblo con destino a mi pueblo. Nunca he conocido a ningún forastero, nunca he dormido en ningún cuarto que no haya sido el mío; camino y camino y nunca he visto mi celda desde fuera.

¿Quién dijo que se camina con los pies?, con ellos no se va a ningún lado, con mis pies he hecho de mi pueblo otros pueblos, con mis pies he soñado tierras, gramas, lodos, asfaltos; pero yo sigo en el mismo pueblo, en mi misma celda.

Solo hay un pueblo en el mundo, y cuando camino en el mundo, camino en mi celda; el mundo sale de mis pies, y mis pies no salen del mundo.

Quiero salir de mi celda, del mundo; quiero que me palpe el aire, pero el de afuera, no el que sale de mis pies, porque a ese lo conozco desde mucho antes.

Quiero divisarme, caminar hacia mí y palparme.

PROSA SIN TÍTULO: SIGO AQUÍ...

Febronio Zatarain, nacido en México.
Vive en Chicago, Estados Unidos.

Sigo aquí y estoy triste. Estoy triste, pero satisfecho de seguir aquí. Estoy solo y triste, y nadie puede pararlo porque al salir a la calle soy invisible.

No estoy muerto porque entonces, por compasión, sería mirado. Tampoco estoy vivo.

Estoy triste, pero satisfecho porque no he perdido; he ganado. He ganado el no estar ni en la vida ni en la muerte. Estoy triste, pero no es tristeza de lágrima; es tristeza de pared, de maleta vacía, de teléfono cortado. Y estoy satisfecho, pero no de instinto, estoy satisfecho porque estoy satisfecho donde no se puede estar satisfecho.

Veo el perfil de los árboles que dialogan, trato de intervenir y, aunque no me ignoran, no paran. Volteo hacia arriba y veo solo espaldas: las nubes sonríen, pero hacia el otro lado.

Hoy veo las caras del antitranspirante caído y de la hoja arrugada, hoy me escuchan atentos el recibo del súper y la pluma sin tinta. Hoy estoy triste y satisfecho como ese sobre roto de un costado. Hoy el asiento no está en el patio. Mejor será que me meta en ese resquicio entre la pared y el refrigerador con la esperanza de que el motor me arrulle.

BARRILETE EN LA TARDE

Olga Appiani de Linares.
CABA, Buenos Aires. Argentina.

El barrilete es una estrella azul sobre el azul más claro del cielo, un pájaro de papel que mi padre sujeta con su mano de hombre, con su risa de niño.

Mi hermano aplaude, los ojos se le van tras ese vuelo anclado, se enredan en los flecos multicolores, bailan en los estremecimientos de la cola, larga trenza de chino sobre las espaldas de la tarde.

Mi padre ríe y no puedo dejar de mirarlo; voy copiando su sonrisa y también que se me llenan los ojos de lágrimas; no sé, es como si no me alcanzara el cuerpo para meter tanta alegría y tuviera que sacar un poco afuera, con estas lágrimas. Que no son tristes, no, y son también tan mágicas como esta tarde de domingo, el sol de otoño sobre los árboles de la plaza, y la nube que huye, también ella pájaro y barrilete.

Me acerco a papá. Mi cabeza apenas le llega a la cintura, lo abrazo, alzo los ojos y encuentro un instante los suyos, sin sombras, brillantes.

—¿Contenta, pichona? —dice, y yo asiento en silencio.

Huele a tabaco, a colonia y ropa limpia, el sol inventa estrellitas en el vidrio de su reloj pulsera.

Ojalá pudiéramos seguir aquí para siempre, guardar en el bolsillo este momento como una fotografía que puede mirarse una vez, y otra, y otra...

Porque hoy papá está de vuelta, y ríe y remonta para nosotros, con nosotros, ese barrilete azul que tiembla en el aire como un sueño, un pájaro, una nube...

EN RACIMO

Fernando Antolín Morales. Nacido en España.
Vive en Nitra, Eslovaquia.

Tus desmanes vienen en racimo. Siempre. No como las uvas, no, sino como las bombas de racimo: letales, inmorales, inclementes. Como una tormenta que se desata sin comerlo ni beberlo, que arrecia sin ton ni son, pero que amaina de a poco, con mucha voluntad y mano izquierda. Como la lluvia ácida, a veces lleva partículas enquistadas en el pasado, moléculas que deberían haberse extraviado en el ir y venir alocado de los años, pequeñas gotas de veneno que esperaba ya filtradas a las cloacas donde se pierden los recuerdos olvidados. Pero al final, como los racimos, como los de uvas, y no como las bombas de racimo, al final, siempre queda tu yo más dulce.

CUERITO

María Virginia Caresani.

Caseros, Buenos Aires. Argentina.

El mes pasado me salieron alas. Vi subir una columna de humo, me miré la espalda y las descubrí. Estaban tibias cuando se desplegaron y las cosquillas que sentí me recordaron las manos de mamá y de la señora Eta cuando me tiraba el cuerito. Pienso que mamá me llevaba a lo de Eta porque sabía que algún día estas alas crecerían. Las alas se mueven por sí solas, ondulan como crines. Me concentro, dirijo todo mi pensamiento para moverlas, pero ellas ni mu. Ahora duermo boca abajo y sueño que vuelo. Pero en mi sueño no tengo alas, agito los brazos y los bato tan fuerte que salgo volando, mis brazos son palancas que reman en el mar del cielo. Cuando despierto, tengo las alas erectas.

Es como ser la mamá de una almohada. Derecha es suave y cariñosa, todo el tiempo me roza con los pulmones que están cerca del hombro y me acompaña como el abuelo con sus mates. Izquierda, en cambio es más arisca. Sus pulmones tienen un toque áspero como cáscara de durazno y casi nunca me acaricia el hombro, presiento que quiere mantener una distancia.

Mis dos alas y yo nos estamos conociendo. Algo me dice que podré hablar con ellas en cierto tiempo. Cuál será su lenguaje quién lo sabe, cómo podré comunicarme con sus pulmones suaves y llenos de serpentinas, ni idea. Pero hay algo entre sus pliegues: un ritmo tenue y a

veces agitado me dice que pronto podré tener con ellas grandes conversaciones de madrugada (como alguna vez las tuve con Vero, mi mejor amiga). Ellas van a contarme cómo es su mundo de algodón, qué ven a mis espaldas, qué almuerzan a luz del mediodía y en qué veredas se sienten más felices. Yo tengo mucho que decirles: cómo me llamo y por qué mi nombre me sigue a todas partes. Aunque nunca, nunca, me anime a preguntarles por qué no podemos volar.

POESÍA

José Vicente Gómez Martínez.
Requena, Valencia. España.

Ella siempre se asegura de que palpe el filo a los cuchillos de carnicero, a las hojas del calendario que un imán fija a la pared detrás del mostrador de los pollos. Me pide que me quede contemplando los jamones colgados en los ganchos de las barras de acero y la vitrina charcutera con los cortes en sección de los fiambres. Me pide que considere el peso y los colores de las cajas de fruta dispuestas en línea junto a los tarros de las especias. Que vea el color dorado de los campos de trigo en las cajas de galletas, los tonos brillantes de las conservas en sus frascos, las bebidas en lata, los envases de pet con leche ordenados en filas, como explotaciones agrícolas, como vacas de granja. Me pide que imagine calles de La Manchuela en tardes de verano, cuando el viento del este se lleva la paja y deja caer el grano en las eras y llena los sacos de legumbres secas y limpias. Que vea en las bandejas de bacalao en migas el azul de los mares del Norte frente a los sobres de sopa...

Sé que lo hace con mala leche. Le gusta que me ponga de mal genio, que se me hinche la vena de la frente, que me maldiga mientras sonrío a los clientes por dejar olvidada en un rincón para la noche o, peor, para mañana, siempre para mañana, la maldita sopa de letras que es mi único alimento.

PHILODENDRO SANGUÍNEO, PLANTA MONSTRUO

Paula Parabúe.
La Plata, Buenos Aires. Argentina.

La planta junto a mi ventana forma una columna de maceta a techo, con presencia de escultura y nombre de monstruo sensible: Philodendro Sanguíneo. A diferencia de la Monstera Deliciosa o el Ficus Pandurata no es planta *cool* (Instagram hizo que algunas plantas sean *cool*). Lo digo y pienso en las manos gastadas de mi abuela rastrellando monte y plantando gajos en latas oxidadas, en uñas esmaltadas y negras de tierra de mi vieja agarrando una pala; en mis uñas doblemente negras, negro el esmalte saltado, negra la tierra debajo. Haber sido *cool* todo este tiempo sin saberlo.

Philodendro Sanguíneo, planta monstruo tiene hojas como manos abiertas, como corazones largos (Philodendro Sanguíneo es un monstruo sensible). Corazones verdes y tallos rojos transforman la luz: crece en la habitación, es también planta. En su base la sugerencia de gajos retirados deja savia rojiza; y es esta y no una falta en su carácter el origen de su nombre.

Una planta bien cuidada: lo dicen la ubicación, la maceta generosa, el tutor que le sirve de esqueleto, los cortes que educan su forma. Y la tierra negra recién regada, que ha viajado conmigo. La tierra en mis uñas, que es tierra de la casa de mi madre, la que mi abuela rastrellaba a la hora de la siesta, cuando era *cool* y ninguna de nosotras lo sabía. Esa tierra es secreto y declaración de

intenciones; y el monstruo sensible, una contradicción: una planta de interiores creciendo en maceta blanca y tierra negra de monte; un ornamento necesario. Un truco que vence el tiempo. Historia. El hacer de mis manos en la tierra de mi madre, de su madre, de la suya. Porque a veces las mujeres vigilan fuegos en el monte soñando que el viento interviene, que lo que se obligan a cuidar se vuelve ceniza.

Otras, guardan impotencia en la tierra, y lo que brota se hereda (de hija a hija). A veces solo brotan plantas. Y se ensucian las manos. Y aprenden a cuidarlas.

MONTAÑA

Ana Sosa Mercou.

Juana Koslay, San Luis. Argentina.

Mis miembros no transmutan. Son los mismos diariamente. Escarpados, estancos, de tonos oscuros e insondables. Exhalan, en cada suspiro, la búsqueda de despedidas breves, de caminos para desandar.

Desvanecerse...

Y aún... no llego lejos. Mi esencia se interrumpe en un eje fronterizo ya habitual. Entonces me quiebro en sismos. Colisiono, reiteradamente, porque ya no sé qué hacer. Ansío desplazarme, la rabia me consume, me hundo en lóbreguez. Mi entorno se balancea, producto de mis terremotos, pero no se mueve conmigo.

En ese intersticio, el manto de la niebla me oculta. Me abraza. Ingresamos en una simbiosis, acorazadas en el silencio, palpando y a la vez despidiendo gélida brisa. Emerge de mí la nieve, procurando purificar mis grises, pulirlos y aclararlos. También las lluvias se esmeran por limpiar mis grietas, pero solo logran depurar lo que yace en derredor.

Soy *para* los demás. Soy ante ojos externos una inmensidad remota, inabordable. Belleza etérea, natural, que solo a pocos traspasa. Soy lontananza. Soy idealización. Pero desde mi prisma, nada de eso es familiar. Habito, simplemente, mis consabidas extremidades. Aquellas, que anhelan la pulsión de la travesía; aquellas, que se autoperciben inanimadas donde están.

Soy asimismo las rajaduras en mi superficie, que no

puedo cubrir con vegetación, ni disimular con temblores a todo espectador. Porque, aunque entre en contacto con el bosque más alledaño y logre huir por instantes, sigo sin ser árbol, sigo sin cambiar mis hojas, sigo sin sentir que el viento puede mudar mis dolencias, sigo sin expandir mis raíces.

Sigo en el mismo lugar. Sigo. Siendo. Montaña.

PLACEBO

Diego Pedro Zanarini.
Rosario, Santa Fe. Argentina.

“La culpa la tienen las estructuras de poder sexuales y sus pestilencias ecológicas”, dice Juan Intelectual, cómodamente ebrio, desde su balcón con vista al mar. Los intelectualoides periféricos siguen comprando placebos en el mercado de la grandeza del lenguaje.

Juan Intelectual sonríe y el saldo de su cuenta corriente crece. Al portero del edificio de Juan Intelectual ya le dieron el resultado: positivo. Acá tenés tus abstracciones.

El cerco se hace cada vez más pequeño y Juan Intelectual tiene miedo, aunque todavía no piensa en suicidarse, como lo hicieron tiempo atrás sus esqueletos admirados.

Marielita es dueña de dos supermercados. Se cree accionista de la Bolsa de Comercio Interplanetaria. A su mucama nunca le pagó por los días de cuarentena. A sus empleados les descuenta las gotas de alcohol. “Es una manipulación de los chinos comunistas”, dice Marielita, mientras habla por teléfono con Lali, su mejor amiga de las clases de yoga tántrico. Ya llega la noticia que Marielita no puede masticar. A Lali le dio positivo. Y la internaron. Y la intubaron. Y ahí está, en coma galáctico, imaginando que una catarata de periodistas bronceados y sonrientes, del noticiero central de la gente, atropellan negros con sus camionetas gigantes. Delira por la fiebre, un placebo piadoso.

El Ministro Importante sabe la verdad, pero, de solo pensarla, tiembla. Si llego a decirla, las gargantas de los dueños van a empezar a caer y la mía entre ellas. Malditos dinosaurios, si no se hubiesen extinguido pensaríamos que esta mala película de historietas es una fantasía. La esperanza es un placebo que sirve. Eso nos enseñaron los oscuros medievalistas y sus lecciones. Todo pasa, eso hay que decirles, que sigan produciendo sudor, la calesita no puede detenerse.

Piadosos. Desean el bien comunitario. No lo tendrán. El individualismo triunfará. Los dinosaurios lo sabían y acá estamos, esperando un nuevo placebo, una nueva lección de amor a distancia, un tren ordenado de palabras ardientes, huecas y sin sentido, como las que dice Juan Intelectual y los pastores del cacique rubio.

PROLEGÓMENO DE UNA UTOPIA

Francisco Scalise.

San Luis Capital, San Luis. Argentina.

No tengo deseos de volver a la vida... Donde estoy ahora el hastío es moderado. Donde ahora, las lluvias valdrán algo y las flores serán todas cada una, y los árboles no harán bosques, ni estos, estorbo al alba o al ocaso...

Aquí el sol dibuja un rosado penoso, en lugar de un rojo que me sirva su pudor. En este lugar es igual que llore o que llueva, es igual que muera o me olvide en cualquier cruce o entre cualquier montaña, aquí la estrategia no aburre al azar hasta dormirlo, aquí no duermo, pues no tengo nada por qué perecer, aquí no es doloroso el extravío del caso que tengan las cosas, aquí son corazones los que llegan a los orgasmos. La felicidad aquí es un mito innecesario y el perdón es un mérito escandaloso, y la virtud, algo que envidiarle a los viciosos. La realidad es algo que olvidar en este valle, algo que nadie extrañaría...

No tengo deseos de volver, pero no importa al mundo qué desee.



SEGUNDO PREMIO

*Alfonso
Zachary*



AGUACERO UNIVERSAL

María Celeste Domínguez.
San Luis Capital, San Luis. Argentina.

Ella observa la superficie quieta, impenetrable de hojas secas cubriendo su pasado ocre. Ocres recuerdos.

Ocres hojas.

Ocres raíces asomando desde un pasado imperturbable. Ella observando siempre, el suave rumor que las alas describen cuando caen de los árboles.

Bajo un suelo esponjoso, el humus enhebra historias de pasados que transcurrirán por los laberínticos senderos de mayo. Un mes liviano de piernas que entrecruzan su andar. Un aire ocioso baja trocitos de otoño a la vez que viaja el viento... Y, al llegar octubre, sus añoranzas sembradas florecen bajo la lluvia que cae de los árboles, como trocitos de ramas que resbalaron desde otro cielo.

Ella recuesta su pensamiento sobre el crujiente mes desnudo, buscando entre los espacios y las hormigas, desechos de otros tiempos que la renazcan nítida. Sobre delgadas raíces entramadas, todos sus árboles han reverdecido.

MARINA

Sandra Liliana Domínguez.

Mar del Plata, Buenos Aires. Argentina.

Los edificios no se cansan de suicidarse en formación contra el horizonte. Apenas lo hieren. Apenas si le marcan un doblez. La tormenta bruna y despótica reclama su presa, y enajenada empuja contra la lanza edilicia al cetrino cielo que, con dolor, se dobla genuflexo sobre las olas. Los gritos de las gaviotas impregnan la escena de liberto salvajismo. Y el viento enloquece sin excusas al mar hasta hacerlo estallar en espumarajos rabiosos. La arena toma parte en la ofensiva, picoteando por igual las piedras y las pieles. Si hasta el arcoíris se ha confabulado con el sol y la lluvia para disfrazar de locura, la meticulosa sinfonía del temporal.

OTOÑO FUERA DE MERIDIANO

Laura Marcela Sierra Vásquez.
Cali, Colombia.

Este territorio es impredecible. En estas tierras no hay quien avecine el clima. El viento sopla a su voluntad sin marcapaso que lo condicione. La vegetación ha aprendido a ser paciente y resiliente. El suelo acepta monótonos y tornasoles a capricho.

Hoy es día de otoño. Un tapete dorado cubre lo que ayer era terciopelo verde. La trayectoria de las hojas dibuja versos en el aire. Tristes, feroces, esperanzados, ilusionados, lánguidos, casi extintos, repintados en negrilla. Todos ellos se entrelazan en un único poema atemporal.

Soy todos los climas, todos los tiempos, todos los versos, condensados y ensanchados en esta única parcela de carne. Carne mutable y perenne.

Soy la niña, la mujer y la anciana. Soy la pena y el goce. La amnesia y la reminiscencia. El jarabe y el jerez.

Soy el meridiano que escapa a la estación. El subterráneo camuflado en isla flotante. El grado que burla el eje de inclinación terrestre. Soy mis versos. Los que escribí, escribo y escribiré. Versos que son mi trópico sin coordenadas. Mi territorio impredecible. Mi guarida de incontables estaciones al unísono.

DECLINACIONES EN VERDE

Mailena Martínez Crovetto.

Mar del Plata, Buenos Aires. Argentina.

Y repito cien veces. *Lo que vendrá*. Es duda o lo afirmo en tres tiempos de vigilia, como esperar a que el sol se caiga por los pinos o la vida se oculte entre las muertes.

Lo que vendrá me empuja hacia adelante, pero no. Mejor quedarse a tomar el té bajo el olvido. O era olivo y recordar, y ser el agua quieta de aquel charco, poner ahí los gestos, huesitos de palabras. Ordenar ideas, esas pequeñas culebras que no se cansan de silbar en lo salvaje de esta quietud. Es de tiza la tarde.

Que vendrá se siente más amable. Esperanzador quitar un artículo difuso, tan sin compromiso. Y entonces, la demolición. Todo se derrumba y una cucharita para cavar en los escombros. Escombros de caricias salidas de una zona de fusilamiento, o de un ropero con gestos en cuotas, hombres en liquidación por fin de temporada, revise las fallas antes de llevar, yo tan distraída.

Ese sol lleno de hormigas y la dirección que no aparece. Detrás de escena solo encuentro objetos que abren sus hojas por la noche y la noche es una espera frontal, antigua, sólida. El peso ligero de un zorzal sobre la tierra fría como quien escapa del llanto o temor, el campo que ya se anda grillos.

Todo muerde esta noción de intemperie y esquivarlas. Apenas es cruel ese camino, como caer bruscamente de

abajo hacia arriba, saber del golpe y no esperarlo.

Ahora intento con *Vendrá*, e invoco a los relojes blandos. Las horas curvas, los momentos dóciles, un mundo estable dentro del espejo, un labio cerrado que ¿me nombra? Pero no es el tiempo, sino la carne de unos versos lo que llega y me mira, como una luz ambigua.

Es agria la espalda, generoso el cuerpo del desabrigado. Tocar lo que no está en cada cosa que se agite, tiene el lujo doloroso de los cristales rotos.

BREVE CRÓNICA DE UNA DESAPARICIÓN

María Soledad Escobar O'Neill.

La Plata, Buenos Aires. Argentina.

Miro sobre mi mesita de luz y allí está, un objeto chiquito blanco y con destellos celestes que pintó el mar, símbolo de una conversación que me llevó, por algunas noches de diciembre, lejos de mi cama, a caminar de a ratos por la arena, y a sentir el viento salado del Atlántico. Estiro la mano y tomo el caracol, ese pequeño objeto orgánico que en mi imaginación late. Lo miro, lo huelo, lo acaricio con la lengua, y me pregunto si todavía recuerda al mar... Cierro los ojos y me transporto. Lo recuerdo deslizándose suavemente por mi cara, apenas rozándome como si respirara. Puedo sentirlo resbalando por mi cuello con movimientos mínimos, sin prisa, explorando mi piel sin tocarme, como susurrando. El caracol... Y en medio del recorrido, mientras bailamos, envuelta por el vino que tomamos y con la guardia baja, intento abrir los ojos, están pesados, los despego y te veo, recién ahí te veo, pese a los días y a las charlas, recién ahí te veo. El caracol no está, estás vos con tus ojos chinos que me miran y sonríen... Y veo calma, y veo sencillez, y veo que no tenés apuro. Entonces los vuelvo a cerrar y a confiar. Me ablando. Me dejo ir... Confía, dijiste.

Vuelvo al mar, tranquila, a flotar, a hacer la plancha mirando el cielo, a sentir la brisa, a oír el canto de las gaviotas, a dejarme llevar por el extraño destino de las olas... Aunque siempre estén destinadas a romperse. De pronto cambia la secuencia, algo me tira para abajo y

empiezo a tragar agua, me revuelco, la arena me raspa y me lastima la piel. Y no me gusta cómo me siento y no entiendo, sinceramente, no entiendo qué pasa. En medio de esa turbación pego un par de manotazos, pataleo, escupo algunas palabras, pero sigo sin comprender, todo es un remolino de suposiciones. Habituada a nadar bajo cualquier tipo de tormentas braceo hacia la costa y, junto con la espuma, llego a la orilla. Respiro una bocanada profundísima de aire, me miro el cuerpo machucado y la maraña de pelo que se enreda en mi cabeza con algas y noctilucas, y me vuelvo a preguntar qué pasó. Qué te pasó.

Con el poco aliento que me queda, me arrodillo, y con las manos formo un pozo en la playa. Me meto dentro, me hago un bollito, cierro los ojos en un vano intento por olvidarme de todo, y me abrazo fuerte. Es casi enero, no están ni el caracol ni vos. Se esfumaron junto con la inconsistencia de tus palabras. Me encapsulo, me entierro en mi ecosistema una vez más, mientras sobre la arena, sin enterarse de nada la gente me camina por encima.

AUSENCIA DE VIDA, FALTA DE MUERTE

Dana Ludmila Bruno Panuska (la participante más joven).
San Luis Capital, San Luis. Argentina.

Escucho las mismas historias y quebrados susurros. Las cuatro paredes parece que se acercan y se ciernen sobre mí, me cuesta respirar, me duele el pecho. Las ratas han hecho de mi cuerpo su hogar, mientras la vida se me escapa entre los dedos, como el humo, como las nubes que hace tanto tiempo no veo.

La humedad fría, los hongos que crecen y me mastican los huesos, amores desalmados que me robaron la mirada, descerebrados que me quitaron el latir, viscosos recuerdos de estar viva. Las ventanas se cierran, las flores se secan y mi cuerpo yace bajo tierra.

EL RÍO

María Eugenia Paone.
San Luis Capital, San Luis. Argentina.

El río guarda llaves, frutos y monstruos. Macera en sus mieles las estrellas que se caen en la noche y se las traga en una de sus tantas gargantas.

No todo lo que toca el agua permanece vivo, el caudal borra lo ajeno y escribe sus propias historias. El río, receptivo e inquietante, aparenta transparencias, evoca cantos y poesías. Pero su memoria de aljibe remueve barro, corre piedras, ahoga sueños. El río guarda tesoros y escupe leyendas.

VIBRAS

Marina Juaneu.

San Luis Capital, San Luis. Argentina.

Entonces todo fluye, suave, sereno, desde el cráter en la sala de estar al resto del planeta que arde. Los guiones intermitentes se mueven apenas, uno después del otro. Son millones, es decir, se mueve uno y, para que ese movimiento repercuta en el último, falta mucho. Tanto, que quizás el primero ya va haciendo el próximo movimiento. Como si se tratara del fruncido en una cortina de voile, hilvanada en un círculo infinito, liviana, etérea, esquivada.

Los guiones se encienden, se apagan, se ven, no se ven. Juegan a las escondidas en blanco y negro. No hay grises. Son falsos grises los que presumen serlo... En realidad, son guiones amotinados y amontonados o aislados, muy aislados. A su vez, parece que todo se infla y se desinfla. Como si de la vida misma se tratase.

Parecen hormigas en fila, marchando, ahora sí, ahora no, que van por ahí, intuyendo, sin saber que saben.

Las apariencias engañan. Los símbolos colaboran. Parece que no pasa nada, pero todo pasa. Imperceptible engaño, alivio para el ser. Perceptible engaño, infierno para el ser.

Es el encuentro con mi misma esencia, siempre intentando no olvidarme, que una vez fui salvaje.

CHAPOTEO

María Virginia Caresani.
Caseros, Buenos Aires. Argentina.

La casa de la profesora de danzas era la única de altos: parecía una torta de dos pisos, la escalera brillaba como el tarro de miel arriba de la heladera.

¿Por eso quise ser bailarina?

¿Para entrar en lo alto por esa escalera de miel?

Las chicas que bailaban eran hadas flaquitas y en la punta del pelo tenían una red, los rodetitos parecían frutas delicadas.

A la profesora de danzas no le gustó cómo subí la escalera de miel.

—“Acá no se chapotea” —dijo.

A mí me encantaba pisar charcos, pero no llovía, y no tenía puestas mis botas de goma.

La música que sonaba era una lluvia y ahí entendí menos lo del chapoteo.

La música invitando a chapotear, pero yo tenía que hacer unas posiciones muy difíciles. La número cinco no me salía, a pesar de ser chuequísima.

Las hadas flaquitas bailaban por el piso de parqué, parecía que entre ellas y el suelo hubiera una capa de aire. Caminaban sobre la superficie de la luna.

Yo tenía la planta de los pies adheridos, realmente chapoteaba. Tenía razón, la profesora.

A veces paso con mi bicicleta por la casa de altos y sigo mirando la escalera de miel, todavía me dan ganas de bailar como un hada sobre la luna.

DESARMADA

Diana Urteaga Rodríguez.

Lima, Perú.

Hay días que no son buenos, el agua corre intentando llenar el balde, y yo solo me digo que es un instante, que mis padres duelen, pero tengo edad para que ya no me duelan y el agua corre intentando llenar el balde.

Alguien sufre mi pesar, entonces tengo prohibido sufrir, mis gatos miran preocupados ¿O cansados? Sonrío al espejo, a la sombra del espejo, a la muerte en el espejo. Enciendo la luz como bandera blanca, ¿cuánto dura una pena? A mí me dura hasta que los tallarines verdes con champiñones queden fríos, muy fríos, y mis ojos hinchados, enlatados, a decir verdad, sumergidos en un cubo de hielo. Es otoño, ¡flores bailando con el viento! y yo sentada en la escalera gris con dibujos a crayones hechos hace 20 años. Leo a Pearl S. Buck y descubro una China lejana. Quiero responder tu mensaje, pero quiero tener la certeza de que tú responderás el mío. Vuelvo a anotar en mi agenda que debo practicar el desapego.

Tengo una cortina nueva, me enteré que, aunque tú no puedas ver, te pueden ver. Debo irme, (no) tengo visita.

FRACTALES

Ana Claudia Machado.

San Luis Capital, San Luis. Argentina.

El cielo volcándose en lluvia o el universo imprimiéndose en el patio. El todo respirándome en la cara o el viento, que es lo mismo. Responder al saludo de las plantas en voz alta y que el gato se dé por aludido. Disolver el coágulo de la melancolía con un mate. El latido de tu casa donde sos el ombligo. El sol que adorna los techos o una mujer abrochándose los aros antes de salir.

Estos, todos y otros, son fractales de la vida, ofreciéndose.

GIROS EN LA COCINA

Carina Perretti Matera.
San Luis Capital, San Luis. Argentina.

La cocina tenía todas las respuestas a las preguntas que yo le hiciera, y estaba adornada con baldosas trizadas de tanta permanencia o de tanto pasar sin darse cuenta. Sería quizás, para mí, el único lugar que oliera distinto, pero que, para ella, siempre olería igual.

Las alacenas cuelgan repletas de hierbas, yuyos, acopios de miedo al futuro. El barniz ya casi no las protege y el chirrido de la bisagra anuncia el momento del té o el mate.

Si toco el granito de las mesadas se me congelan los dedos y quizá sea necesario para no sentir el paso del tiempo, la estabilidad de los días.

La pequeña ventana se abre para respirar en el ahogo o ventilar el olor a comida, y al abrirla caerá la maceta que vive a sus pies, que se encrespa a la hora de almorzar.

El sótano del bajomesada guarda todos los objetos perdidos y algún recuerdo que los demás nunca vivieron, y de cerca se siente el aroma putrefacto de lo que no se recuerda en compañía.

La puerta desgrasada, que suena a campana, avisa que se sale a la libertad del patio, al aire limpio de un pequeño bosque doméstico, de los que aromatizan vida. El rayito de sol que se cuele entre los edificios traspasa la ropa que vuela en la soga, y el viento trae los papeles de la basura que habita la ciudad.

Y de nuevo, adentro, a la canilla que se abre y se

cierra, a las puertas, a girar a la derecha o la izquierda según el cometido del mediodía o el anochecer.

La piletta de la cocina no se llevará ningún dolor, aunque se lo hayas preguntado, aunque te lo hayan prometido.

TRES PASOS

Karen Fogelström.
CABA, Buenos Aires. Argentina.

Un puñetazo. Y otro. Y otro más.

Sin queja, tres pasos detrás, sigue el masculino ritmo rubricado en hematomas. Los niños colgados de la falda, remolino de moscas, hambre y llanto, retrasándola y consumiéndola.

Incapaz de mantenerse adosada a su sombra, se erige responsable de toda miseria. Es libre de elegir: con él o en esa zanja inmunda por el resto de su vida. Total, del otro lado hallará vientres ávidos con quienes engendrar más hijos.

Vadean praderas aradas de minas y sembradas de metralla en nombre de una paz pregonada por tiranos. Las tiendas de campaña y el hacinamiento de ese oasis quimérico donde no son bienvenidos, huelen a medicina y arroz aguado con regusto a esperanza.

Materializado el alambrado en el horizonte, el hombre bifurca destinos inventando camino donde no queda senda. La femenina voz anulada no contradice el rumbo. Apenas si estira las manos, reteniendo la marejada de criaturas que por pura inercia escoltan la catástrofe.

Un montículo. Y otro. Y otro más.

Rezagada perpetua, lo contempla volar por el aire, muñeco desarticulado desafiando el viento. La onda expansiva los arroja al suelo, piezas de dominó sin dueño desperdigadas en tierra de nadie.

Se incorpora. Sacude polvo, moscas y desconcierto.

Esquiva el cráter sin soltar una sola lágrima y enfila en la única dirección posible: adelante, siempre adelante.



TERCER PREMIO

*Alexandre
Zacharyev*

EL JURAMENTO

Juan Sebastián Borghi.
Río Tercero, Córdoba. Argentina.

Ese día de mayo vi la cara redonda y sedosa de tu padre. Luego vino el crepúsculo, esa hora misteriosa, “la raja entre los mundos”, el límite de los límites, la transición de planos, el renacer de los seres de la noche. ¿Hay acaso adjetivos tan inquietantes como crepusculares? ¿O tan crepusculares como inquietantes? Tu padre sonrió porque supo del juramento.

Y luego, una noche leía al conde de Lautréamont, una noche exquisita e íntima, una noche de invierno. En la tibia habitación, a la luz de una vela, mientras gruñías suavemente a mi lado, como un animal manso, y afuera helaba. Los espacios abiertos, fríos y desiertos, eran habitados por espíritus transparentes como medusas, leía a Lautréamont. La noche más fría es la más silenciosa y profunda. “No reneguéis de la inmortalidad del alma, de la sabiduría de Dios, de la grandeza de la vida, del orden que se manifiesta en el universo, de la belleza corporal, del amor a la familia, del matrimonio... Hay que saber arrancar bellezas literarias hasta en el seno de la muerte; pero esas bellezas no pertenecen a la muerte”. Luego apagué la vela de un soplido y, como siempre (desde que leí a Hesse), me quedé mirando la mecha que, sin la energía del fuego, se vuelve brasa, se consume, pierde luz y justo antes de apagarse, cuando parece que ya no queda nada, da lo mejor de sí, brindándose en un brevísimo brillo superior, un destello fugaz, con un resplandor inaudito.

Y aunque no se lo dije a nadie, aunque mis labios nunca prestaron servicio al aliento para formar esas palabras que anunciarían mi compromiso. Aun así, tu padre supo del juramento, de esa promesa tan primitiva y ancestral, de la que casi ni yo sabía. ¿Cómo pudo?

No reneguéis del orden del universo.

Sí, ese día de mayo vi la cara redonda y rosada de tu padre en el cielo del atardecer, cuando llegó la noche temprana de invierno el teléfono sonó, tu padre había muerto. Quizás se había apagado hace tiempo y la mecha ya era brasa y se iba extinguiendo lentamente y quizás, solo quizás, antes de desaparecer del mundo de las formas, tuvo ese máximo destello y en esa máxima expresión de luz, atravesó el tiempo, las distancias, los crepúsculos, las palabras, los juramentos... Y me sonrió.

LA PALABRA

Leonardo Mauricio Rodríguez Bernal.
Bogotá, Colombia.

Dígala y repítala, en la mente o en la hoguera, en el instinto o en la cima. Lámala con sal cuando sea muy dulce. Sóplela con el polvo de los muertos. Susúrrela en los muladares. Piénsela como vómito. Enúnciela como miel.

Pídale el granizo que derrite a la gente y la vuelve incienso. Pídale que se una y forme estrofas. Dibújela en la boca del amante, ábrala con el falo que seduce puertas, ábrala donde se esconden los niños antes de nacer. Consíéntala y desgástela. Hágala su enemiga.

INTACTO

Daniela Natalia Silvera.

San Luis Capital, San Luis. Argentina.

Si el sueño se queda prendido al techo el polvo no lo toca, la grasitud de mis dedos no lo manchan. No se lo lleva el viento, ni lo ensucian las patas de los gatos, no lo critican los que saben, no lo insultan los que no entienden. Ni se cae al piso, ni se queda perdido debajo de la cama, o del sillón. No lo moja la lluvia de la ventana, ni le hace aureolas la taza de café, no lo marcan las migas de las galletitas, ni las lapiceras distraídas.

No le dejan huellas los dobleces, ni se arruga en los bolsillos, ni las carteras le cortan las esquinas. No se decolora con la luz del sol, ni te lo roba un colega, ni queda desteñido por tu llanto.

Qué triste que no lo haya tocado el polvo, que mis dedos no lo hayan sostenido tanto que lo marcaran, que no se lo llevó a pasear el viento, que no lo pisaran los gatos, que no lo criticaran los que saben, que yo no lo defendiera de quien no entiende, que no sintiera el frío del piso, ni se escondiera para que lo encuentre. Que no lo tuviera en mi escritorio todos los días, o en mi bolsillo, que no lo mostrara nunca a nadie, que no lo corrigiera y volviera a empezar.

Que no tuviera que recortarlo para hacerlo realidad, ni sacarle partes ni sumarle nuevas, que nunca lo haya sentido. Qué lástima que quedara en el techo, sin tocar.

MIGRACIÓN INTERNA

Daniela Natalia Silvera.
San Luis Capital, San Luis. Argentina.

Hoy soy sombra, pero por dentro me volveré raíz. Fui piel y me descubrí como un sótano, y al ser mártir me volví colonizador. No quería migrar, pero me puse a respirar. Me taladré con críticas y me abandoné sobre los conflictos. Corrí estando quieta, y en mi silencio tronaron muchas verdades.

Salí por puertas que eran entradas, y me fui a rincones que eran campo abierto. Renuncié para aceptar, y para irme no me moví ni un centímetro. A veces cuando lloro, por dentro río, a veces cuando miento es todo verdad. Me ahogo en lo sólido, y camino sobre lo etéreo. Soy todos los puntos ciegos en mi espalda. A veces sufro mis disfrutes. Me vuelvo aire en casa y fuego en la calle. Cuando la vida me arrincona, me corto los brotes y busco por donde volver a nacer.

LO VIEJO Y LO NUEVO

Gustavo Daniel Gorgone.
CABA, Buenos Aires, Argentina.

Ciego como la quimera que murmuró entre las nubes, soy como viento reacio a cambiar, calmado como la mugre que se amontona entre la grasa y la ciénaga de la esquina de mi cocina, ciego soy entre la gente que me quiere ver muerto, y vivo, y moribundo. Caminé por la vereda hasta el negocio de un conejo verde que me habló sobre los quehaceres de los poetas, pues a ellos no les pagan por dar pinceladas con las plumas, les pagan por divulgar un arte efímero que solo se siente si se dibuja con los ojos. Con los ojos de aquellos muertos que ya no escriben; escriben en sus lechos de vida; escribieron tallando la madera fuerte de su hogar, que de entre las cenizas fructificaron su cimiente hasta el fin, pues ya es tarde para arrepentirse de lo ya no hecho ¡Así dijeron los poetas!

Amontonados entre veinte personas, los poetas quieren borrar sus letras de la faz del libro, el valor quedó atrás, en algún monte olvidado. Pero siempre habrá poetisas que los saquen de su letargo, ellas son como zafiros indivisibles que emergen desde los bosques verduzcos. Salvan con su cabellera sagrada a los poetas dormidos, muertos, demacrados por la eternidad. Les dan abrazos y cuidados, para que sus libros sean terminados. Ellas, altas como arrayanes, escriben como los toros, como las

gacelas, como las madres de mil madres, son rojas color sangre. Las poetisas levantan a sus amados poetas, y los cuidan, pues son frágiles. Ellas, bravas, con lanzas y espadas que dan motor al mundo y vida a todas las artes que existen.

ROCAS MILENARIAS

María Celeste Domínguez.
San Luis Capital, San Luis. Argentina.

Cuarzo, abre mi corazón transparente. Su cristal ha visto mi rostro de polvo y fuego. Pisan kilómetros de espinas y rocas mis descalzos lamentos sangrantes. Ahora todos los valles crujen más silencio.

Rodocrosita, limpia mi alma volátil. Su veta marcó mi pecho de barro y aire. Vuelan millas de hojas y aves mis abstractas esperanzas pulsantes. Ahora todos los cielos rugen una pena.

Mica, refleja mis ojos. Su mineral encerró mi esencia de piel y hueso. Giran horas de arena y agua mi errada pena errante, ahora todos los tiempos avanzan indolentes.

Interminables filas recortan el paisaje abovedado, delimitando posesiones vanas.

Horizonte expuesto en el crepúsculo. El paraíso abrió su ventana circular. Allá el día refulge cada noche desde que mis ancestros alzaron su vista al cielo, vuelan ellos desde remotos nacimientos. Mientras tanto...

... Yo pisando

EL FUEGO ENJAULADO

Olga Appiani de Linares.
CABA, Buenos Aires. Argentina.

La última luz se desliza sobre el agua como un pez de diamante, huyendo del sedal de la noche. Descalza, la oscuridad pisa la hierba adormilada y acaricia los árboles vestidos de silencioso musgo. Como niñas traviesas, las primeras estrellas se zambullen en el agua, con un chispeante escalofrío. Despiertan sapos y grillos, y entretejen un canto milenario que dioses envejecidos y algo sordos quizás ya no escuchan. Complacida, la noche se recuesta sobre el lago; sus cabellos brumosos cubren el bosque y la silueta jorobada de los montes que, agazapados, se beben el crepúsculo.

Jaurías de sombras se dispersan, sus patas acolchadas no hacen ruido alguno, y las aldeas, tan acostumbradas a su arribo, no interrumpen sus labores. Los ojos felinos de los candiles parpadean, escudriñando los rincones donde se ovillan los fantasmas.

En los hogares arden fuegos hambrientos que los aldeanos mantienen a raya, obligándolos a la servidumbre del guiso y las sopas. Sometidas, las llamas de alma salvaje sueñan siempre con liberarse y devorar todo: las paredes de sangre resinosa que ya no huele a verde, los techos ásperos como manos de leñadores o labriegos, los muebles resignados, los vestidos que huelen a sudor y cansancio... Y los cuerpos bajo ellos. Sobre todo, los cuerpos. ¡Cómo odia el fuego a los hombres!

Mientras ellos duermen, las cenizas rumian su venganza, esperando la hora en que un olvido, una distracción, un mal paso, liberen un rescoldo, una chispa que, trepando por las cortinas, libere al dragón y su obra reudentora.



MENCIÓN ESPECIAL

*Alexandre
Zachevny*

ATARDECER CON VIENTO

José Luis Méndez Cortijo.
Madrid, España.

De repente, sin saber de dónde provenía, el viento me acariciaba. No era la primera vez, supongo que no lo era. La primera vez había sido en el mar; entonces se llamaba brisa y olía a algas y salitre. Rugía mucho, como si se hubiera tragado una manada de leones furiosos.

Me había dormido encima de una roca y cuando desperté el sol era una naranja hundiéndose en el mar. Por supuesto, el viento, quiero decir, la brisa, hacía ondular mi pelo como si lo estuviera acariciando. Ese viento me dijo cosas, me habló de largas noches de altamar, de barcos encallados en el olvido; me habló del júbilo de las palmeras que se mecen, siempre arriba, apoyadas en su pie combado. Yo me sentía grande y a la vez pequeño, grande frente a un grano de arena, pequeño bajo la noche inmensa.

No me quería marchar. Y eso que el viento comenzaba a arponear mi cuerpo. Aguanté lo que pude, porque esa es la actitud de quien lucha con lo bello, de quien, tarde o temprano, se rinde a lo inmortal.

EL RETORNO

Sebastián Hamlin.

CABA, Buenos Aires. Argentina.

Me dirigí al patio bajo un influjo de clarividencia, aterrado de que algún profesor me viera y pensara barbaridades de mí, empujado por un poder que llamaba a hacer de esta visita un nuevo tipo de inexplicable grandeza. El piso era una alfombra dorada, las baldosas no estaban rotas, incluso el patio lucía resplandeciente. Y allí, en su interior, más exactamente en el centro del patio, una joven maestra rodeada de niños, recitaba frases en una lengua desconocida. Niños pequeños de cuatro o cinco años iban tras ella hipnotizados, con los brazos extendidos y batiendo las manos, simulando un vuelo impostergable. Me escondí detrás de una de las columnas y observé durante largos minutos el jolgorio de aquellos niños, la inocente persecución de la maestra, los tenues chillidos y las risas de alegría. Acaso un retazo de impotencia, la escueta sensación de querer estar donde, al fin y al cabo, nunca terminamos de pertenecer, y donde nunca partimos del todo.

Pero esos niños volaban por el aire, subían irradiados por un sentimiento de placer hacia la fragilidad de lo sublime, y antes de caer al suelo la dura tierra los atrapaba con sus delicadas manos, los acariciaba, y los volvía a depositar allí, para que tomaran carrera y volvieran a emprender su vuelo, como pichones intentando salir de su nido bajo la atenta mirada de la madre. Sí, yo también

quise salir del escondite desde el cual había observado durante años, acercarme a los niños, extender mis brazos, y volar con ellos, torpe, ridículamente, yo también quise elevarme hacia esa fantasía inexistente, rodar en la suavidad de la dura piedra, volver a emprender un vuelo que nunca pude emprender, caer por siempre en la gloriosa y efímera adulación de desear, volver a existir como una palabra que inventara un loco, y nunca fuese escuchada por nadie.

LA VIDA EN COSTURA

María Fernanda Alza.

Luján, San Luis. Argentina.

Con el sol de la tarde sintió ganas de coser, abrió la ventana, respiró profundo y enhebró la aguja.

Con costura firme cosió el mar, el mar azul de sus vacaciones de juegos y castillitos de arena. Con puntadas remendadas y parches unió los desamores, iluminó la máquina para no equivocarse al coser las utopías. Ya de noche, cerró la máquina, con un fuerte tijeretazo cortó las desilusiones y las tiró, con los restos de hilos, a la basura.

MARIDANDO CONTEMPLACIONES

Ariel Esteban Párraga.

Villa María, Córdoba. Argentina.

En el patio de tu casa hubo un sueño: mi dedo índice curva en el aire un agujero, que queda atrapado en el hueco a medias, de una pared sin terminar.

La yema circunda aterida, el borde nido de tu sentir, mientras roza el hilvanado estéril de los placeres. Los sentimientos, que se riegan sobre la tierra incierta de este patio consagrado, nos contemplan pulcros y abyectos.

La pequeña huerta, que olvidó mostrarte los colores de la estación anterior, duerme en un costado; y su arcilla negra, espera el fragor de tus manos, para que se inhumen en su candor y pueda removerse entre tus piernas, hasta la llegada de mi partida.

La fiebre de tu pecho roba mi humedad y mis lágrimas decantan simulacros que hacen trueques con tu palpar. Un corazón que yace de lado, despierta visiones sobre esta culpa bien merecida por haberte a mi lado.

Este sueño me muestra la ventana abierta de un patio abandonado que nunca dejó de llenarse de vida, una vez que me olvidó. El hueco en la pared viaja hacia mi pasado, en donde allí, de niño, morí un día, sin saberme condenado.

El jardín me corre de su centro. La muralla abierta
se descansa en mis ojos de niebla.
Vos, por detrás, me tomabas de la mano.

SIETE DIOSSES

Daniela Natalia Silvera.

San Luis Capital, San Luis. Argentina.

Hay siete dioses que te impone el tiempo. Son seres fríos y contados, que cargan en su pecho regalos y castigos, hablan entre ellos, juegan, deciden a quién le tocará dar o quitar. Nunca se puede saltar a un dios, o lo pasás o morís.

Los dioses tienen historias eternas entre ellos, sobre sus espaldas han ocurrido tragedias y milagros. Cuando los hombres caminan en ellas, cual puentes, saben que deben rendir tributo, que no es conveniente tomar atajos, porque el dios se estira y el tiempo pasa más lento, y no se puede seguir adelante, o se acorta y te tira a la espalda del dios siguiente, que enojado te impone una tragedia.

Los dioses comen personas, a veces repentinamente, otras, ninguno quiere comer, y te pasean de espalda en espalda mientras sufrís hasta que alguno se digna a engullirte. Tienen personalidades propias, el primero es el más largo. Se puede cabalgar durante horas en su espalda sin llegar a ningún lado. El quinto es corto y le crecen pastizales frescos, llenos de árboles frutales. El tercero es indeciso, a veces te regala una ayuda, un momento de paz, otras, se frustra y se vuelve casi un laberinto. El último es una llanura al sol, no hay ni un solo árbol donde resguardarse. Si viajás con carpa y encontrás un arroyo puede ser muy placentero, pero si

sos solo vos y tus pies, el calor va a tumbarte muchas veces antes de poder pasar al próximo dios.

Cuando nacemos, las abuelas nos dicen: “Contá tus dioses, porque son una bendición y los tenés que aprovechar”. A veces parece que esto no fuera verdad, pero un día te cansás del camino de siempre y vas por un lugar nuevo, recorrés los brazos, el pecho, la frente. El dios abre los ojos, te ve y empieza a jugar con vos, a ponerte desafíos, y cuando pasás al próximo entendés que no sirve solo transitar a los dioses, hay que despertarlos.

EN OTRA VIDA

Susana Flora Gurevich.

Nordelta, Buenos Aires. Argentina.

Hasta hace poco recorrió países. Pero llegó a destiempo. Ella quiere revancha. Y se apura en decidir nuevos rumbos porque los años vienen atropellando y no hay certezas del después. Las videntes le dicen que vale probar con magia. O ritos. Invoca a los brahmanes. Se asoma a los santuarios para estamparse la frente con polvos rojos. Cuando hay luna llena, en su planeta nocturno imaginado, cada haz de luz señala puntos imperdibles y así va delineando los caminos de su otra vida. Y entonces... Navegará cien mares y espumará su cuerpo en las orillas. Alguna vez emergerá de un naufragio. Vestida de algas. Acunada por las sirenas. Trepará hasta los abismos. Se perderá en grandes urbes o en aldeas sin nombre. Subirá a trenes y bicicletas. Será andariega en rutas marcadas, o inventará senderos con sus pasos. Atravesará tierra ajada, sedienta. Y donde haya dunas va a cabalgar montada sobre camellos. Cuando se interne en bosques estará atenta al murmullo de la hojarasca. A los perfumes de todos los arbustos. En pueblos con callejas torcidas se impregnará de otros olores. Incienso. Especias. Cenizas de crematorios. Algún agosto se tenderá sobre playas de arena oscura. Adivinará tímpanos azules velados por la bruma. Y un 31 de diciembre, a medianoche, bailará en la calle de una ciudad con rascacielos, justo cuando los fuegos artificiales exploten y se confundan con las estre-

llas. Surcará canales a bordo de una barca adornada con flores blancas. Como las novias. Masticará nueces con helado de chocolate. Beberá de las vertientes en las fontanas medievales. Arrojará monedas para pedir deseos. Se dejará seducir por hombres de ojos oscuros mientras la envuelven con la tela de las pashminas y cuando sueñen fados ella se dejará abrazar por las *saudades*...

ENSUEÑO

Patricia Nasello.

Córdoba capital, Córdoba. Argentina.

El aroma a café recién batido impregna la cocina.

Apoyo la escalera contra el borde de la taza y subo los escalones con entusiasmo. Me zambullo en este lago de aguas cálidas, espesas, nocturnas. Mínimos submarinos de cristal de azúcar arañan mis muslos con suavidad infinita. Empequeñecida bajo este manto líquido, la realidad pierde fuerza. Hasta las ganas de herir pierde. Sin embargo, tomo impulso y emerjo. Con la cabeza fuera del agua observo la espuma que rodea mi cuello, una espiral que gira sobre sí misma. A modo de collar, una galaxia.

Tomo la taza y acerco los labios con precaución para no quemarme. Llena de vida. A pesar de todo.



Alciana
Esc. Nevevry

DESTACADOS

ATARDECER CON LLUVIA

José Luis Méndez Cortijo.
Madrid, España.

La lluvia me entristece. De todos los atardeceres, el más empañado y frío es también el más íntimo y cercano. El otoño invita a recoger las hojas que cubren el sendero hasta la casa. Mis ojos miran su multitud, su húmedo espesor mientras mis pasos flotan sobre el ocre. ¿Quién no contempla la lluvia? ¿Quién no escucha su canción de agua? Ningún lugar de amor es triste, hasta que el frío y la lluvia nos sorprenden separados.

INSTRUCCIONES PARA DESNUBLARSE

Patricia Nasello.

Córdoba Capital, Córdoba. Argentina.

Reconocé que la guerra, uno de esos jinetes terribles del fin, jamás te llamó por tu nombre: sos vos quien se aferra a su mano. Y aceptá que, a esa piedra de bordes filosos, esa que te aplasta y parte y reparte tus pedazos donde nadie los espera ni recibe, sos vos quien la retiene.

Resignate a la muerte de los muertos: dejá de consultar con ellos cada uno de tus pasos. Y procurá no anoche-
cer con tus propios pensamientos alunados.

Desaparecé ese código de barras que te ensordece los ojos; y que se avergüence la vergüenza, si fuera el caso.

Los buitres que observás no vuelan en círculos alrededor de tu cabeza, sino de tu desazón: no tengas miedo.

Permití que te descubra el sol y, como un niño que lucha por nacer, escalá su incendio y date a luz.

LA DEBUTANTE

Patricia Nasello.

Córdoba Capital, Córdoba. Argentina.

A solas en su dormitorio, ella borda el huevo que surgió de sus entrañas. Los hilos que cada puntada añade determinan qué criatura será la que rompa el cascarón. Puesto que las posibilidades son incontables, la combinación entre hebras y colores ha de ser sabia. Prefiere no favorecer el nacimiento de un león, criatura noble, pero también peligrosa; o de una sirena, tan bella como melancólica; mucho menos un rey, despiadado como siempre resultan ser los poderosos. Reconoce para sí misma que a pesar del amor entrañable que siente por la lectura, tampoco desea que nazca un poema. No sabría cómo arrullarlo. Conocimientos ancestrales le indican que, para ver encarnada la criatura de sus sueños, es indispensable que trabaje con filamentos de cuarzo impregnados en tinte lila. Una vez concluida su labor, entrega el huevo a ese muchacho flaco y alto que la fertilizó y será quien lo incube. Él lee el dibujo bordado y sonríe. También desea una niña.

IRME

Valeria Denise Glusman.

Juana Koslay, San Luis. Argentina.

Me quiero mudar. Quiero mudar de estilo y de razones. Me quiero ir. Un empujón más y me caigo o vuelo. Los empujones no son tan brutales, pero son insistentes.

Me canso. Como se cansa una mariposa de esperar que llegue la noche del fin. Me canso como se cansa una hornera de moldear su nido en días secos. Me canso como para morder mi labio, pero no tanto como para llorar.

Me canso y reenvío fotos de amor. Me canso y no te puedo ver ni escuchar. Solo quiero poner el dedo en el mapa e ir para allá.

Me canso y te cocino. Me canso y hago lo que me decís que haga. Me canso y me silencio. Me canso y respiro haciendo poco ruido.

Por la ventana, unos crocantes rayos azules se desmigajan. El gato sigue durmiendo cerca. Y el viento no mueve ningún recuerdo.

LOS CIELOS

Ariel Esteban Párraga.
Villa María, Córdoba. Argentina.

La bandada invisible planea de espaldas a un campo de estrellas que ignoran su suerte. Ellas no navegan con las bitácoras de mi proeza, escocidas por las nobles criaturas que malograron las vivencias. Tampoco se contemplan con la guía de mapas señuelos, cuando se sustentan al suelo con el fuego del porvenir.

Ellas solo vuelan con las cartas de mi destino, abarrotadas por la palabra austera que amenaza inverosímil. Torpes, arrebatadas se cuentan sin números, (y aun así se sostienen).

Ellas flotan encubiertas en poemas de prosa elegante, harto indecibles, que aterrizan de costado por el rabillo de tu mentira. Sobre tu boca, consagrada en un puñal.

Las constelaciones no les sonríen. No les deben pasiones con signos de brillos. Ellas atraviesan en la noche sobre el lomo de un espectro, (alucinógeno de tu ofrenda); y en donde imagino cómo lloran, de esos cuerpos (que nunca puedo ver), la canción de una sola voz que pareció decir mi nombre.

Y mis ojos abiertos, que no encuentran terreno donde volverse ciegos, sereno los cubro con el manto del dolor por soñarlos cerrados; y por eso pienso: “Negra es la noche, blancas habrán sido... las estrellas”. Es entonces que escucho el canto de las aves, en respuesta.

La Osa Menor les contará un cuento de una hermana mayor. La Cruz del Sur les adivinará su norte. Y sin

más esperanzas sobre esta espalda torcida, que se hunde en el césped prolijo de una primavera sin invitación, constriño mi pecho sobre este suelo viejo, y al fin cierro los ojos. Luego despunto la vista hacia la nada, luego hacia adentro, y les invento cielos.

ZAFIRO PERDIGUERO

Juan Francisco Ruggiero.
Bogotá, Colombia.

(...) Como que me llamo Zafiro y dormito largas, larguísimas temporadas. Mi vida es tan, ¡tan extraña!

Soy una mascota paciente, hasta que el amo me revoca la suspensión, me baja de la percha y me arroja en un surco accidentado por donde... ¡Arranco en carrera!

Me encanta estar corriendo, sentir cómo los baches y montículos del sendero vienen a mí en secuencias graciosas, repetidas varias veces, durante pocos minutos, deparándome caídas de vértigo, embestidas que me lanzan al aire.

Cómo puedo correr a mis anchas... ¡Me excita la libertad y la alegría me embarga mientras voy por la trocha!

Si sufro un accidente, ¡cómo los detesto!, me eternizo cayendo en un pozo, *scratch*, o chocando contra un montículo, *scratch*, hasta que fastidie a alguien, *scratch*, para que me auxilie y pueda, *scratch*, reiniciar el galope.

Al final de la senda me deslizo con suavidad, sin saltos o caídas, como por un tremedal, hasta dar con otra travesía que me sorprende con sus altibajos armoniosos.

¡Cuánto disfruto de esta variedad!

De pronto... ¡Me izan con fuerza! Me dejan en suspensión. Un pequeño descanso o un larguísimo tiempo; pero si tengo suerte, me sueltan a prolongadas correrías, por terrenos remotos, con rastros distintos, que

piso con verdadera pasión, aprovechando la oportunidad, ¡tacón al piso!, pues cualquier día, ¡el amo se harta y me olvida!

En una percha, junto al gramófono, en estado de inconsciencia, sin poder huir... Hasta que un estremecimiento... Como una descarga eléctrica... Reviente mi sueño y piense así..., como que me llamo Zafiro y dormito largas, larguísimas temporadas. Mi vida es tan, ¡tan extraña!

AUTORRETRATO

Andrea M. Chulak.

Mar del Plata, Buenos Aires. Argentina.

En algún lugar, había una vez...

Estimado señor mío:

En respuesta a su solicitud me ofrezco, no me dono ni me vendo, me ofrezco gustosa por considerar, atenta a su requisitoria, que soy la persona correcta.

Bueno, en realidad, ser correcta no es una de mis virtudes, pero carece de importancia el hecho, dado que puedo, de improviso, ponerle alas a la risa.

Soy hacedora de nidos. Algunos de latido, otros de tiza y muchos, de veredas gastadas.

Soy mis propios recuerdos y los otros. Esos de azafrán y de canela o de exilios silenciados por pura cartografía. Se me desenhebran cada tanto, pero enseguida los hilvano, es que conozco el tejido de memoria.

Eso sí, tengo la fortaleza de todas las debilidades. Estoy hecha de huesos y palabras. Ambos duelen con la misma intensidad cada tanto.

Me estoy atardecando. Eso es verdad, pero no hay que preocuparse. Solo se trata de llevar en los bolsillos un montón de amaneceres viejos.

Cuando el silencio me pisa los talones me florecen los sueños. Esto sí que no ha cambiado, cada vez tengo más. Tantos que ya no sé dónde acunarlos.

Por eso, los ofrezco, no los dono ni los vendo, los ofrezco con la mano extendida y un suspiro azul entre los dedos.

Sin más y a la espera de su amable respuesta, lo saludo cálidamente
Yo, hacedora de nidos y de sueños.

CEREMONIA

Elena Pahl.

Río Cuarto, Córdoba. Argentina.

La última ceremonia, la postrera y definitiva, no tiene credo ni Dios, desconoce los milagros y se llueve de preguntas que se quedan en el aire, como pájaros sin patas.

¿En qué templo se celebra? ¿Dónde el viento se diluye? ¿Dónde el principio del agua? ¿Dónde el agua del comienzo? ...

¿Y si solo fuese espuma, pluma-espuma de la sangre embriagándose de vuelos? Y cuando llegue el momento intransferible, nuestro, ¿cómo trasponer las puertas, sin que nos duelan las mañanas y el solcito del amor acurrucado en la memoria?

¿Será acaso el arrebató del germen de los sueños? O tal vez el descubrimiento de la única certeza, la que finalmente nos dirá hasta cuándo cantarán los pájaros del corazón.

Por entonces, es posible que estemos ausentándonos de nosotros mismos, como un perfume deshojado, como un poema que ya no nos pertenece.

Dejaremos el equipaje de los años, el lastre de los huesos, y así, como al principio, gloriosamente desnudos, celebraremos sin ataduras, la respuesta final a todas las preguntas.

SIMILITUD

Ana Claudia Machado.

San Luis Capital, San Luis. Argentina.

El texto acecha. Viene como puede. A veces me embosca y me atrapa dejándome inerme. Repta insidioso, se enrosca. Lento. Preciso. Como una constrictor, ajusta hasta que todo brota. Cada letra, cada punto, cada signo de exclamación de cada grito que se cocina en mi garganta.

Otras, usa su filo mordaz para que sangre, para que arda y destile una hemoglobina llena de ancestros y de mandatos, de lágrimas encubiertas, lapidadas en los recodos de mis venas. Son textos que cuando salen, salen cortando.

Los demás, todos, están tan cerca que pasan inadvertidos. No se dejan ver de sutiles. Llegan despacio, en el olor a tierra mojada, en algún recuerdo súbito, en un verde o un naranja, en unas macetas. Los distingue la paciencia. Esperan, medio tercos, medio sabios, a que tome la punta de alguna hilacha que me resuene y tire. Y yo tiro. Y siempre hay. Esos, ensanchan la ventana que tengo en el pecho para que salga el sol de adentro, donde siempre amanece.

Los textos se parecen mucho al amor.

EL LENGUAJE

Ana Paula Cosentino.
San Luis Capital, San Luis. Argentina.

Algo huye del lenguaje, como un pulso escurridizo.
Avanza, se pierde en su ajetreo, me envuelve con su aullido.
Me desato. Levanto el velo de su sombra huérfana
y atravieso todos sus bosques.

CÓMO RECONOCER UNA CASA MUERTA

María Eugenia Paone.

San Luis Capital, San Luis. Argentina.

En lo más alto de la colina se reconocen las sombras de su silueta, la pereza paisajista de su construcción, el cielorraso acucillado sobre la hierba, el tropel despoblado de habitaciones, el cemento entramado con la vegetación, las medias ventanas con vistas en ambos lados, las puertas abiertas a las visitas silvestres, el piso de alfombras verdes. Ceremonia de espíritus terrenales, condición noble de una casa muerta.

PARA VOS

Virginia María Amado.
La Plata, Buenos Aires. Argentina.

He visto a una persona. A veces he podido ver dentro de él. Se muestra como un animal taciturno y sin embargo es un hombre. Es dureza y es ternura. Es hiriente y es herida. Simpleza y complejidad. Cansancio y creación. Inocencia y melancolía. Barrilete y barco encallado. Música y silencio... Guarda amores, tanto como resentimientos que le duelen en la mirada y en el alma. Furia y delicadeza. Es de sombras y es de luz. Apenas todo eso casi igual, casi diferente, casi desconocido. Y es lo mismo. Solemos encontrar afinidad en las carencias, en las cicatrices, en algunos miedos y en la soledad. Desventuras en las manos que se juegan a ganar y a perder cada día. Aventuras en las letras: poesía fantástica que nace en lo cotidiano y llega al cielo. O viene desde muy hondo y lejano y se recuesta ahí nomás, en su ventana. Mensajes cifrados. Derecho y revés que se abisma entretejiendo realidad y artificio. Entre los ríos metafísicos de Cortázar, su música sentida y el más puro amor a hijos y nietos. Que no se pierde, solo se lentifica, pero sale en cada verso, en cada nota: azul, verdemar, gris, negro o blanco. Poeta de los colores, abanico de arte desplegado según venga la vida.

COVID-19

Emilio Pulido Medina.
Totana, Murcia. España.

No pienso ser cómplice de tu frialdad invisible; así que he decidido cerrar todas las puertas y ventanas con cerrojos enloquecidos por si vienes a buscarme. Serpiente venenosa que sondeas, con tu mirada cóncava, los senderos estrechos de los vértices desnutridos de las residencias y hospitales. Bestia punzante, que atraviesas con tu intenso amargor el hálito del mundo para hacernos sentir que ya no somos nadie. Sin embargo, fantasma miserable, estás condenado a escuchar cada día mis palabras que humean recién sacadas del alma de todos los que te odiamos. Pronto sentirás el ardor de nuestros aplausos penetrar en tus oídos. Beberás toda la sangre de nuestro desprecio y, ya hinchado como un globo sin color, explotarás, sin más, en el vagón del vacío más abominable. Al final, solo la página que no escribiré recordará tu muerte.

ATARDECER

Natalia Araceli López.
Avellaneda, Buenos Aires. Argentina.

Los rayos del sol tiñen de amarillo toda superficie que encuentran, atraviesan la ventana de la sala, con presteza. Allí hay una mesa, sillas, utensilios atentos a la caída del astro. Todo se torna dorado y hasta el polvo del aire se vuelve diáfano. Una atmósfera de quietud y luminosidad cubre la habitación. Hay un diálogo silencioso entre los objetos que son abrazados por el calor, donde cada cual renuncia a su cotidiana función. La casa se hace templo y es la ventana un altar bendito, se celebra en silencio la plenitud de la materia al trasluz.

El éxtasis celestial que experimenta cada objeto que reposa mientras disfruta de un placer iridiscente, y el espectáculo para la vista que supone aquel escenario inerte, convierten en obra de arte aquello que cincelan los rayos del sol. Uno podría detenerse, presenciar la escena, sin querer en nada alterarla y preguntarse el porqué de las cosas y otra serie de interrogantes que inevitablemente afloran en la quietud de un ambiente donde el silencio reina. Pero no hay sentido en buscar un pretexto para no disfrutar del paraíso que se erige enfrente nuestro. El atardecer es innegable y, además, dura poco. Dura poco como ocurre con todo lo más precioso de este mundo. El Sol va retirando sus pinceles, volviendo sobre sus rayos, y sus óleos amarillos, naranjas y rojizos se van escurriendo por la madera, por los plásticos, los metales... Vuelven

al seno del que surgieron porque el sol guarecerá tras el horizonte. Nadie se salva del anochecer. Una vez más, la profecía de la noche se ha cumplido y con su llegada también se enciende el interruptor que está junto a la ventana, listo. Entonces la sala se ilumina con una luz blanca y eléctrica. El mobiliario vuelve a ser blanco, gris, violeta.

ENUMERACIÓN DE SENTIRES (ÍNDICE)

Introducción.....5

PROSA DE RAQUEL

Los regresos posibles.....9

No llegaré a tiempo.....10

Propongo.....12

La vida transparente.....14

Los ritos del deseo.....16

Una tregua.....18

La entrega y el coraje.....20

La tierra gime de esperas.....22

La luz de los jóvenes.....24

PRIMER PREMIO

Prosa sin título: Nunca se parte.....29

Prosa sin título: Sigo aquí.....30

Barrilete a la tarde.....31

En racimo.....33

Cuerito.....34

Poesía.....36

Philodendro Sanguíneo, Planta Monstruo.....37

Montaña.....39

Placebo.....41

Prolegómeno de una utopía.....43

SEGUNDO PREMIO

Aguacero universal.....	47
Marina.....	48
Otoño fuera del meridiano.....	49
Declinaciones en verde.....	50
Breve crónica de una desaparición.....	52
Ausencia de vida, falta de muerte.....	54
El río.....	55
Vibras.....	56
Chapoteo.....	57
Desarmada.....	59
Fractales.....	60
Giros en la cocina.....	61
Tres pasos.....	63

TERCER PREMIO

El juramento.....	67
La palabra.....	69
Intacto.....	70
Migración interna.....	71
Lo viejo y lo nuevo.....	72
Rocas milenarias.....	74
El fuego enjaulado.....	75

MENCIÓN ESPECIAL

Atardecer con viento.....	79
El retorno.....	80
La vida en costura.....	82
Maridando contemplaciones.....	83
Siete dioses.....	85

En otra vida.....	87
Ensueño.....	89

DESTACADOS

Atardecer con lluvia.....	93
Instrucciones para desnublarse.....	94
La debutante.....	95
Irme.....	96
Los cielos.....	97
Zafiro perdiguero.....	99
Autorretrato.....	101
Ceremonia.....	103
Similitud.....	104
El lenguaje.....	105
Cómo reconocer una casa muerta.....	106
Para vos.....	107
COVID-19.....	108
Atardecer.....	109



Este libro se terminó de imprimir
en el mes de febrero 2022
en los Talleres Gráficos de Payne S. A.
Av. Lafinur 924, D5700MFO San Luis.
Tel. 0266 - 4422037 y líneas rotativas

Antología Prosa poética

Homenaje a
Raquel Weinstock

El lunes 24 de febrero de 2020, a los 67 años, fallecía Raquel Weinstock luego de largas batallas contra sus problemas de salud. San Luis despidió a una mujer luchadora, hacedora de cultura y defensora incansable de los derechos humanos para personas con discapacidad. Raquel disfrutaba mucho de escribir sus prosas poéticas en las cuales volcaba sentires, alegrías angustias, evocaba momentos y encuentros, reclamaba un lugar más justo para los niños y niñas. Amaba desde sus prosas. Este libro es un homenaje que pretende mantener su recuerdo e inspirar a otros a escribir prosa poética. Incluye algunos textos de ella que se suman a los textos de ganadores y ganadoras del Certamen.

Los Libros de Charlie Palacio Cultural, el semanario La Opinión y El Diario de la República convocaron al 1º Certamen Literario en la categoría Prosa poética realizado en homenaje a la escritora Raquel Weinstock. **El resultado es esta Antología que incluye 51 textos inéditos ganadores, elegidos entre 594 obras que fueron evaluadas.**

LOS LIBROS DE
CHARLIE
PALACIO CULTURAL

EL DIARIO
de la República

LA OPINION
Identificado con la vida portera desde 1913


payne s.a.

ISBN 978-987-8424-09-5



9 789878 424095

